

@TWOGAYPAPAS

Manuel Santos

¿Podemos salir ya?



Dramas y comedias de una familia... ¿diferente?

m̄

*¿Podemos salir ya?
Dramas y comedias de una
familia... ¿diferente?*

MANUEL SANTOS
(@TWO GAY PAPAS)

© Manuel Santos, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-5028-0

Depósito legal: B. 13.097-2022

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Liberduplex

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

- { 11 } PRÓLOGO. *Why not?*
- { 17 } CAPÍTULO 1. ¡Que se me pasa el arroz!
- { 25 } CAPÍTULO 2. Cuando un ocho conoce a un seis
- { 36 } CAPÍTULO 3. El despertar sexual de un niño de pueblo
- { 42 } CAPÍTULO 4. Las vueltas del amor
- { 62 } CAPÍTULO 5. La pedida de mano
- { 83 } CAPÍTULO 6. Ya estamos casados, ¿y ahora qué?
- { 95 } CAPÍTULO 7. Cumplimos nuestro sueño en la India
- { 118 } CAPÍTULO 8. La moderna está en camino
- { 134 } CAPÍTULO 9. #BringCarmenHome
- { 152 } CAPÍTULO 10. Una familia partida en dos
- { 161 } CAPÍTULO 11. El caso estalla
- { 176 } CAPÍTULO 12. Como el ave fénix
- { 183 } CAPÍTULO 13. Dos papás en el pueblo
- { 203 } CAPÍTULO 14. Yo, instagramer
- { 211 } EPÍLOGO. *Año dos mil cuarenta y algo*
- { 217 } DESPEDIDA. *Love is love*
- { 221 } AGRADECIMIENTOS

¡Que se me pasa el arroz!

Hola a todos, mi nombre es Manuel Valero. Tengo treinta y seis años, aunque también os digo que un notario en activo, que conocí una vez en una sauna, me certificó por escrito que aparentaba veinticuatro. No llevo el papel encima porque estoy en Madrid solo por unos días, así que tendréis que creerme. En cuanto llegue a Valencia, os juro que lo busco en una de las cajas del garaje y os lo enseño. Palabrita.

Acabo de terminar una bonita relación con alguien mucho más joven y terso que yo, porque por fin he sentido la llamada de la madurez. Y en la vida las llamadas internas hay que escucharlas. Mira los retortijones. Ocurrió una mañana gris de invierno cuando noté un crujido frío y seco en la ducha y una vocecita de las que pueblan mi cerebro dijo mientras se carcajeaba: «Que se te pasa el arroz, melón». Y supe, en lo más profundo de mi ser, que esa vocecita un poco faltona tenía razón; yo siempre había soñado con formar una familia, casarme, tener hijos..., pero me había relajado y prácticamente olvidado de ello. Ese día decidí entrar en la madurez y focalizar mis ob-

jetivos para intentar llegar a ellos antes de que fuera demasiado tarde.

Pero es que os juro que la vida adulta no es como me la había imaginado. Para nada. ¡Tantos años batallando para equipararnos a los seres humanos heterosexuales y poder disfrutar de sus mismos derechos! Y cuando por fin los consigues, tras infinitas luchas y protestas, y crees que ya eres igual que tu vecina, la del tercero B, resulta que todo es una gran mierda y que da igual la orientación sexual de cada uno. Que las pérdidas leves de orina se acercan y que el dominó y el parchís te esperan en las residencias de ancianos de la clase media, donde, a falta de jardines, hay entretenidos juegos de mesa. Acercarse a los cuarenta sin pareja es como «¿hola?, soy la sociedad, mucho gusto, te vas a quedar solo, ya lo sabes, ¿verdad? Pero no te preocupes, que tenemos muchos planes para ti en Benidorm, ¿sabes bailar pasodobles?, ¿y cantar bingo?».

Y que conste en acta que todos estos años yo lo he intentado, que no he llegado a este punto por voluntad propia. Y que, durante mi juventud, muchas veces creí haber encontrado al hombre perfecto, con la cuenta bancaria perfecta, con el miembro perfecto y con la paciencia necesaria para aguantarme a mí y a todos mis «yos» de géminis de manual. Pero es que en aquellos días teníamos pocos referentes para poder hacer las cosas bien, al modo heterosexual.

Ellos nos llevaban siglos de ventaja en cómo sentar la cabeza y encontrar un buen marido o una buena esposa, cómo casarse o cómo tener hijos por inercia y por tradición. Para nosotros, los homosexuales, era complicado imaginar el «cuadro» completo de lo que sería formar una familia homoparental al más

puro estilo Disney. Pero yo os juro que, con cada uno de los «don Perfectos» que aparecían entre mis sábanas los domingos por la mañana, me lo llegaba a imaginar: «Mi amor, sé que nos hemos conocido hace solo unas horas, pero dejemos el ambiente, abracemos la monogamia y vivamos una maravillosa historia de amor solos tú y yo».

Pero nada, sonido de disco rayado, y al cabo de un par de semanas, o con suerte de algunos meses, aparecían las ladillas, cual Minions, gritando y asomando entre los pelos ásperos de la zona púbica. O el típico amigo con aires de Angela Lansbury que te mandaba un mensaje para decirte que acababa de ver a tu místico Perfecto saliendo de un cuarto oscuro del barrio de Chueca cuando tendría que estar cuidando a su madre enferma de fibromialgia. O cuando ese maduro de traje y corbata, con canas interesantes y porte elegante, con el que soñabas entrar en la *high society* valenciana, de repente te decía, así en plan como quien no quiere la cosa, que le encantaba acostarse contigo, pero que estaba casado con una mujer maravillosa y que tenía varios hijos en un colegio concertado.

Si quiero, me caso. Sí, quiero

En 2005, cuando Zapatero aprobó el matrimonio homosexual, empezó mi primera carrera de fondo, o más bien de obstáculos, para encontrar un marido. Si no uno perfecto perfecto, porque entonces tampoco estaba el percal para tirar cohetes y ponerse exigentes, al menos sí uno que cumpliera su papel con cierta dignidad. Y, sobre todo, uno que tuviera el dinero suficiente para llenar de cisnes asiáticos el recinto donde se celebrara nuestra boda.

Imaginaos aquellos días. Una vez aprobada la ley, todos los gays íbamos por la calle gritando desesperados, sin rumbo, como garzas descerebradas intentando encontrar alguien con quien casarnos. Un caos absoluto tipo película de catástrofes donde hay que evacuar inmediatamente la ciudad y la gente va buscando a sus seres queridos, con las calles llenas de atascos y pitidos, accidentes de autobuses, de helicópteros cayendo en picado y estrellándose contra edificios, de vándalos aprovechándose de la confusión para robar televisores de los escaparates y de los típicos gays pesimistas tirándose desde las ventanas de sus oficinas. Porque ahora ya iba a ser superobvio que el que no se casaba era porque no tenía con quién...

Las lesbianas, en cambio, lo celebraron con un estilo más íntimo y calmado. Unas, en teterías tomando infusiones de rooibos; otras, en algún bar de chicas brindando con botellines de cerveza mientras por las ventanas veían a los hombres gays volverse completamente locos. Aquel caos duró semanas, meses... Sin embargo, una vez supimos y asumimos que el pescado ya estaba vendido, todo volvió poco a poco a la normalidad.

Cinco años después de esa ley, y tras innumerables «ay, tía, que creo que sí, que me caso, que este sí que es», estoy aquí, en la calle San Bartolomé, iluminado por un cañón de luz, soltero, con el hueso púbico algo desgastado y un escroto que, pobre, empieza a cubrirse de canas, y a punto de entrar al Why Not, donde me espera mi amigo Vicentín para tomarnos unas copas. Y no sé por qué me da a mí que todo esto es porque esta noche va a pasar algo, algo que cambiará el mundo, mi mundo, que es el que importa en esta historia. Y de pensarlo me estoy poniendo supernervioso, y quiero entrar al Why Not ya, pero también

quiero irme a mi hotel a ducharme de nuevo, cambiarme el suéter por uno más ceñido y rociar levemente mis ingles con un chuf, chuf de Allure Homme. Ayyy. ¿De verdad? Si no, ¿a qué santo viene ese cañón de luz sobre mi persona? ¿¿Entro o qué??

Entrar a lo Duval y salir a lo Morgan

A mí el Why Not, si os soy completamente sincero, no me gustaba ni por la música que pinchaban, que iba desde Rafaella Carrá a Salomé o Lady Gaga, ni por la gente medio guapa que solía ir. Una vez, con el bar lleno, conté a los tíos que me hubiera tirado en ese mismísimo momento (sí, ese era uno de mis juegos favoritos de siempre y podía practicarlo en bares, en el metro o mientras paseaba por la calle). Y solo me salieron doce. Ya ves tú, qué cantidad más ridícula para alguien tan poco exigente como yo cuando llevo dos copas en el cuerpo. En cambio, a Vicentín, que es más racional, menos superficial y tiene dos carreteras, le encantaba el rollo del Why Not.

Lo único que realmente me hacía gracia de ese local era que, al ser subterráneo, para acceder a la pista de baile y a la barra tenías que bajar por unas largas escaleras. Y esas escaleras eran maravillosas, porque al descender te veían desde cualquier coordenada geográfica del bar (los gays tenemos un poder geolocalizador superdesarrollado). Eso otorgaba a todos los clientes una visión general y, sobre todo, una importante primera impresión de las nuevas presas que bajaban al coto de caza. Todos los presentes podían estar bailando, bebiendo, hablando con amigos, pero en cuanto bajaba alguien todas las miradas iban hacia las escaleras. Los fisios del barrio estaban forrados de atender los lunes la tortícolis del fin de semana. Mira el vaso, mira a tu

amigo, mira las escaleras, mira el vaso, a tu amigo, a las escaleras...

Descender por aquellos peldaños, al ritmo de la canción que estuviera sonando en ese momento, me hacía sentir un poco *vedette* tipo Norma Duval. Intentaba poner siempre un pie enfilado delante del otro, mantener la cabeza erguida, el mentón ligeramente elevado y el estómago apretado con fuerza. Era vital respirar solo lo absolutamente necesario y siempre por los pulmones para marcar pectoral y no tripa. El 95 por ciento de las probabilidades de llevarte algo de comer a casa se concentraban en ese momento. Si le gustabas a alguien al bajar, ese alguien te acababa buscando. Si no estabas pendiente de las escaleras, y no les dabas la gran importancia que tenían, ¡error!, porque abajo ya todos éramos iguales, como sardinillas en lata bañadas en aceite de girasol, y era más difícil encontrar a alguien que pudiera gustarte en modo general, o sea, de pies a cabeza.

Otra cosa bien diferente era si llegaba el momento «hoy no sé qué habrá pasado, son las cuatro de la mañana y me voy a mi casa borracho, cachondo y solo», y tenías que subir los peldaños en actitud de despedida. Ahí, la Norma Duval de la llegada se convertía en una especie de Lina Morgan patosa, con su «agradecida y emocionada», con el peinado estropeado por el sudor y el cuerpo completamente relajado por el alcohol.

Vicentín me esperaba en una esquina de la barra con los *gin-tonics*. El suyo casi terminado y el mío completamente aguado.

—Nene, pídemelos, que yo esto no me lo voy a beber así.

—Sí, claro, encima que llevo aquí media hora como una rídcula solitaria sin amigos! ¡Te los pides tú! ¿Qué ha pasado?

—Hijo, de verdad, ahora te cuento.

Ninguno de los dos éramos bailongos. Nosotros éramos más de observar a chicos graciosos y clavar miradas como puñales albacetenses, desde la barra o desde cualquiera de las columnas corintias del bar, y esperar un *feedback* pasional que algunas veces llegaba, y otras no.

Yo, objetivamente, siempre había sido un ocho sobre diez. Y, a la hora de ligar, mi primera opción siempre era con otros ochos. Con nueves y dieces rara vez lo intentaba, porque para llevarme un sofoco y un disgusto, pues ni probaba. Aunque algunos he catado y disfrutado, por supuesto, pero fíjate que al final solían ser sosos, o la tenían muy pequeña o les olía peor el ego que el aliento de batido de proteínas. Cuando alguien se lo cree mucho, descuida aspectos superimportantes como la cortesía, la educación y la higiene, y al final siempre hay un poco de decepción por la otra parte. Y luego ya, con los sietes, seises e inferiores, normalmente no me hacía falta ni hablar: una mirada, una mueca sexy, y los tenía de rodillas esperando órdenes que obedecer.

Sobre las dos y media de la mañana, con tres *gin-tonics* en el cuerpo y varias miradas lascivas no devueltas, empecé a asumir que no era mi noche, que allí no estaba mi público o que no me había peinado bien el flequillo. O quizás es que era martes y la gente que sale los martes en Madrid prefiere divertirse y bailar en vez de ligar, vete tú a saber. La cosa era que, si quería llevarme a alguien a mi hotel esa noche para amortizar lo que me había costado, debía bajar el listón y empezar a mirar sietes, seises o algún cinco gracioso.

—Nene, voy a bajar a seis —le dije a Vicentín.

—Espera un poco más, aún es pronto. No te precipites que luego te arrepentirás y montarás un pollo en el hotel.

—¡Pero si queda una hora para que cierren!

—Bueno, pues baja primero a siete, no seas tan melodramático y radical.